



**Ángel Aparicio, 91 años.**  
**Sara Pastor Valdueza, 22 años.**

## La divina providencia

“La noche del 17 de julio de 1936 mis camaradas falangistas y yo estábamos reunidos en casa de uno de los nuestros, situada en la Casa de las Flores, en el barrio de Argüelles de Madrid, cuando por fin escuchamos las esperadas noticias del alzamiento. Entonces recibimos órdenes de nuestros mandos de concentrarnos al día siguiente en el Cuartel de la Montaña”.

“Al día siguiente, domingo, me acerqué al Cuartel de la Montaña. Entré por la rampa de acceso de la calle de Ferraz esquina a Rosales. Salió de la garita un centinela que me dio el alto y me preguntó por el motivo que me llevaba al cuartel. Di la contraseña y me dejó pasar. En ese mismo instante el centinela recibió la orden tajante de que no pasara ningún paisano más. Yo fui el último falangista que entró en el recinto”.

Ese día, 18 de julio, el general Fanjul, militar sin mando de tropas en Madrid, pero encargado de la sublevación de la ciudad, en lugar de salir con las tropas para tomar los puntos vitales de la capital, se hizo fuerte junto con mil quinientos de sus hombres y unos ciento ochenta falangistas, entre los que estaba Ángel, en el Cuartel de la Montaña. Esperaba que llegasen refuerzos desde las guarniciones de Campamento, Getafe y Cuatro Vientos, lugares todos ellos en donde la rebelión había sido sofocada.

Al día siguiente, el 19 de julio, el cuartel fue rodeado por tropas leales al gobierno de la República, guardias de Asalto y milicias populares pobremente armadas.

Pero fue al amanecer del día 20 cuando se inició el bombardeo del cuartel. “En ese momento, los que estábamos allí, nos comenzamos a disparar, y lo que es peor, a repeler el ataque” recuerda Ángel. “Nunca me había visto en semejante trance. Los disparos de mis compañeros parecía que me iban a romper los tímpanos. Yo no acertaba a ver enemigos que justificaran aquel tiroteo imponente. Apreté el gatillo una y otra vez, y en lugar de escuchar el estampido y sentir el golpe del retroceso del fusil, oí que el percutor producía un clic sospechoso. Abandoné el sitio que ocupaba para reclamar otro mosquetón en buen estado”. Ángel no sabía que aquel hombre uniformado, de quien todo el mundo estaba pendiente, y a quien se dirigió, era el general Fanjul, máximo responsable de aquel sitio. “Observaba los acontecimientos con una tranquilidad que a mí me pareció inaudita. Me preguntó por qué había abandonado mi puesto y al contárselo dio orden de que se me entregara otro fusil”.

Los sublevados sólo resistieron algunas horas. Las diferencias de opinión entre ellos les llevaron a enarbolar la bandera blanca y luego a reanudar el fuego contra los asaltantes conforme éstos se acercaban con el fin de recibir la rendición. Cuando se utilizó la aviación contra ellos, el cuartel cayó, siendo prácticamente destruido.

La entrada de las fuerzas asaltantes se tradujo en la muerte inmediata de la mayor parte de los sublevados.

“Salíamos todos amontonados, mezclados, y a la salida, el espectáculo era escalofriante, espeluznante. El pelotón de los vencidos era distribuido por los milicianos en dos direcciones: a unos los encaminaban por la izquierda, junto a la pared del cuartel, donde eran rematados a bayonetazos. A otros los hacían ir por el centro. Un miliciano me detuvo y me preguntó por mis insignias. No respondí. Sin duda me



tomaba por un oficial que se hubiera arrancado las estrellas, y a los oficiales les esperaba la muerte". El miliciano le ordenó esperar, pero la avalancha de los que salían se interpuso entre ambos y Ángel siguió caminando sin hacer caso de sus amenazas. Rezaba. "Creía que serían las últimas oraciones de mi vida".

"Salí por el mismo sitio que había entrado el día anterior. Los milicianos nos daban indicaciones de seguir en dirección a la plaza de España. En el número siete nos fuimos reuniendo los que habíamos salvado la vida. Permanecimos allí encerrados hasta la mañana siguiente, cuando escoltados por guardias de asalto, nos condujeron a la Cárcel Modelo. Era la Divina Providencia quien me protegía" repite una y otra vez.

Ese sería su destino durante los seis meses siguientes. El 11 de noviembre comenzaron los bombardeos a la cárcel. "Nos evacuaron en un autobús y nos llevaron al colegio de los escolapios de la calle del General Díaz Porlier, donde fuimos distribuidos por aulas y pasillos". Ángel se enteró que en ese mismo lugar estaban su padre y su hermano Julio. "Nos vimos entre rejas. Es indescriptible la emoción de aquel momento, el último en que les vi con vida. Pocos días después fueron asesinados en Paracuellos del Jarama, como lo fueron otros miles de hombres inocentes".

"Como supe más tarde, el turno de mi "paseo" se había fijado para el 1 de enero de 1937". Pero uno de los últimos días de diciembre le nombraron para que abandonara la galería. "Ese era el procedimiento que se venía haciendo con algunos presos cuyo destino era Paracuellos. Pero en la portería de la cárcel se comprobó mi identidad en una lista de unos cuarenta nombres, de la cual fui tachado, poniendo otro nombre en mi lugar. Pueden irte me dijeron".

Cuenta Ángel que Paco, "el pollero de Lavapiés", y amigo de la familia, tenía amistad con el Director General de Seguridad. "Eso me valió, era una recomendación muy poderosa". Paco cambió su destino.

Pasó los tres meses siguientes escondido en el sótano de la carnicería de su tía. Su día transcurría escuchando la radio y aprendiéndose todos los himnos del bando nacional. "Pero ya estaba harto de estar en aquel lugar. Como había trabajado anteriormente en el Hospital Provincial, me fui de nuevo allí".

La guerra seguía su curso. Salió un bando para que aquellos que estuvieran en edad de hacer la mili se alistaran. Ángel quería pasarse al bando nacional y aprovechó la oportunidad. Estuvo diez meses bajo las órdenes de Valentín González "El Campesino". Transcurrido ese tiempo tuvo ocasión de pasarse a la zona nacional. Y lo hizo en Lérida. Después estuvo en Cáceres, en un campo de concentración. "Se formó la 5ª Bandera de Falange y estuvimos actuando en el frente extremeño".

Allí permaneció hasta que pudo irse a la Academia de Infantería de Granada, donde estuvo dos meses. Finalmente le destinaron al frente de Castellón, su destino hasta el final de la guerra.

Se jubiló y volvió a la vida de paisano. Estudió, Filología Clásica, e impartió clases a bachilleres. Se casó con Elena, su gran amor, y formó una familia. Dos hijos, seis nietos y tres biznietos; SU VERDADERA VIDA.

## Lo importante de la vida



Ángel Aparicio, un niño convertido en adulto a la fuerza, un adulto convertido en anciano por los años. Su intensa vida ha dado para mucho. Repite una y otra vez que lo que ha merecido la pena en su vida ha sido su mujer, Elena, sus hijos, sus nietos y sus biznietos. En definitiva, su familia. Se siente orgulloso de ella y piensa que ha sido su mayor logro. Pero no el único; su amor por la escritura llena su vida día a día.

A sus 91 años Ángel vive rodeado de letras. Devora el periódico cada día. Me recibe sentado en una camilla repleta de escritos. Los hay antiguos, también actuales, pero todos han salido de puño, y de su imaginación.

Se confiesa amante de la poesía clásica, pero también de la prosa. Afirma no entender la poesía que se lleva ahora. "Yo soy cultivador de la poesía clásica, no de la que se estila ahora, que, haciendo caso omiso de las características del verso, se dedican a hacer columnas de palabras y llenar de fantasías morunas el texto, y no lo entienden ni ellos mismos".

El veterano falangista, continúa siendo falangista en el fondo, aunque no en la forma, no olvida plasmar en un papel las sensaciones, los pensamientos y los recuerdos que le invaden día a día. Una columna de un periódico, la vida política... le sirven como fuente de inspiración.

Su pasión por las letras le ha llevado a publicar tres libros. En "Memorias de un hombre sencillo" Ángel narra los detalles de una vida intensa donde las haya. "A los que hirió el amor" es un libro de poesías. Y "El ladrón de Tebas" es una novela basada en Egipto, país del que se declara admirador.